

EL SECRETO INDIGENA DE LOS TERROMOTOS CHILENOS

Subir para Ser: el camino de Chile y de las naciones andinas

Por Ziley Mora Penrose (*)

La verdad sea dicha: como en ninguna otra parte, habitamos un territorio exigente, todavía haciéndose (*in fieri*, como a un adolescente al que le crecen las canillas rocosas y le quedan cortas las cobijas verdes de sus bosques, que a cada tanto, ese mismo cutis verde se erupciona de improviso con rojas y volcánicas “espinillas”). Un territorio implacable si alguien cae en el aferramiento de sus posesiones o en la pura lamento contemplativo, y que nos exige, como la oruga y la mariposa, *metamorfosearnos incesantemente*. Pero ello requiere que identifiquemos –en cortos períodos- aquello que ya está caduco. Y después amputárnoslo, o librarnos sin asco lo que nos impide crecer o cambiar, o tal vez sólo dejarlo caer. Y después o al mismo tiempo, regenerar en lo individual y en lo social los órganos (o prótesis si es necesario, es decir, crearnos nuevos órganos, desarrollar nuevos sentidos y otras emociones más sublimes y acordes con nuestra altura ígnea y cordillerana...) que nos permitan superar el estadio previo. Parecido a cambiar la estructura y organización de un avión en pleno vuelo. El desafío, magno y retador como la extensión de la última catástrofe, es para todos: desde lo político a lo económico, desde lo individual a lo social e institucional, desde lo cívico a lo espiritual... Si alguien estuviera falto de odiseas y hambriento de utopías, ¡véngase a Chile!

La verdad es que Chile es una terraza volcánica imposible. Un territorio-nación que vive en los bordes de una placa rocosa y de cara a los abismos de otra: una rareza de habitar, sólo a condición de asumirse como siempre “en tránsito”, desde la precariedad de una vida no definitiva y en construcción constante, como si el país hubiese sido concebido como un largo y angosto camino para solo “pasar” hacia las grutas de lo alto, en una constante y eterna transhumancia. “Chile es una especie de terraza, una terraza infinita, infinitamente larga y angosta, al borde de un océano gigantesco. Esta es una proposición de infinito que es hecha a los chilenos, que ha debido darles una originalidad profunda...”, nos recordaba el escritor francés André Frossard al conocer el país el año 1987¹. Pero la tentación es quedarse en estas tan atractivas costas (lo eran más aún -y en grado superlativo- antes del “progreso europeo”, y particularmente por su aromática selva valdiviana que casi cubría todo el territorio). Su “loca geografía” una curiosidad de la naturaleza: es un país instalado en

¹ Entrevista publicada en el diario El Mercurio, Sección *Artes y Letras*, edición de 23 de marzo de 1987

una cornisa de roca con salida y vista al mar, inestable plataforma que pende como un balcón desde la alta cordillera andina que no deja de crecer y crecer. Porque la placa de Nazca del fondo del lecho marino empuja a la placa terrestre de sus costas metiéndose por debajo como una cuña gigantesca y obligándola a subir. Desde hace milenios, la dicha placa de Nazca, a la altura del Ecuador por el norte y hasta los hielos de Aysen por el sur, avanza hacia el continente, a su vez que la placa Sudamericana lo hace hacia el océano. En esa “pelea de titanes” –como tan curiosamente lo ha llamado una periodista científica chilena por estos días- la de Nazca “agacha su nariz para pasar por debajo de la Sudamericana, levantando a ésta última. En el punto de contacto entre ambas se genera un plano de 23 grados”.² El mismo Concepción hoy (luego del cataclismo del 27 febrero del 2010) se ha movido más de tres metros de su antigua posición y levantado otros dos. En esta hora, en que de nuevo toda la modernidad parece caer (techos, construcciones, antenas satelitales, puentes...) no nos damos cuenta de lo esencial. Porque a pesar que nuestros ojos todo lo ven en el suelo, lo que en realidad ocurre es que *todo apunta a subir*. Y esto es justamente lo que desde el fondo del tiempo, desde el fecundo útero del mito arcaico, saben los viejos *kimches* (sabios) mapuche (principal etnia del centro-sur de Chile) y que nos vienen repitiendo en el mito mapuche de Kay-Kay y Treng-Treng. En substancia este mito afirma que en estas tierras habrá una lucha eterna entre la serpiente de lo marítimo-bajo-húmedo (Kay-Kay) contra la serpiente de lo terrestre-alto-solar (Treng-Treng). El mito afirma que cíclicamente la serpiente de las aguas intentarán anegar los montes sagrados para obligar a sus habitantes a evolucionar y subir hacia las cimas secas, empujándolos a que habiten donde les corresponden: muy cerca “de los dominios del sol”. Pero estos lugares altos, para contrarrestar el apetito de destrucción de la serpiente de las aguas, subirán más aún, estirándose unas puntas de tierra y roca hacia arriba, nunca dejándose atrapar totalmente, salvando así a un puñado de humanos despiertos. De lo contrario, Kay-Kay transformará a la mayoría de la masa indolente y poco vigilada de la costa (al respecto, es muy interesante que el cerro costero más alto de Concepción se llame *Chepe*, del mapudungun *threpe*, “despierto”), en peces diversos y oscuros animales marinos, tal como lo registrara la primera versión del mito que corresponde al cronista jesuita Diego de Rosales, hacia fines del 1500. En esto en nada el mito establece un hipotético juicio despectivo por las especies marinas, pues cada ser vivo de la *oikos*, cada habitante marino está constituido de la misma esencia genética constitutiva de la existencia humana, ya que como María Dolores Ibarra tan oportunamente me lo recordaba recientemente, “según el mismo Darwin, en su estudio de la evolución, demostró desde dónde surgimos todos los seres vivos, el cual es ese mismo líquido amniótico (compartido)

² “¿Por qué Chile tiene el récord de ser el país más sísmico del mundo?”. Artículo de la periodista Lorena Guzmán H., publicado en el diario “EL Mercurio”, de Santiago de Chile, en la edición del Dgo. 14 de marzo del 2010

cuya composición básica es agua salada, tal cual como los componentes del mar”³ (incontaminado, se entiende). Por tanto, el mito solo quiere *recordar* la proximidad demasiado grande de la humanidad con los habitantes del agua (de allí salimos, genética y evolutivamente), ellos nos muerden los talones, tal como muerde “la serpiente a los hijos de Eva”. Según el relato, Kay-Kay se lleva a los “no vigilados”, porque en otras de sus “históricas salidas” o redadas, ya se habría llevado humanidades enteras que pervirtieron su residencia en la tierra, cuyo destino fue desandar el camino, regresar al mundo subacuático. Al respecto ¿no habría que ver aquí una inesperada conexión con viejas tradiciones greco-egipcias (de las cuales nos retransmiten Platón Y Aristóteles) que veían, en los delfines y en las ballenas, representantes de otras humanidades anteriores a ésta (¿autocastigadas por sus abusos?), y así explicando su extraordinaria inteligencia?⁴ Prueba de lo anterior, de este respeto al mundo de las aguas y de sus sagrados habitantes, es que otro mito mapuche (el de la “*Trempülkawe*”) que ve en las ballenas la encarnación simbólica de la “Jueza del Otro Mundo”, la “Examinadora del fuego en los antebrazos del difunto” que –luego de transportarlo en su lomo- pone a prueba a cada persona una vez ocurrida la muerte de su cuerpo. Porque –para la vieja tradición mapuche- las aguas (y sus dueños de las profundidades como las orcas y ballenas) no mienten, respetando sólo a quienes no son de ese elemento; es decir, a los que traen vivo el fuego en sus antebrazos y corazón...

Vale decir, según este mito, *el precio de no subir es la involución, la degradación de la humanidad*. Conviene apuntar aquí que en la zona de Arauco y en la región de la Araucanía hay unos cuantos cerros sagrados que llevan el nombre de Treng-Treng, sitios de profunda significación sagrada para las actuales comunidades mapuches. También conviene recordar que en el antiguo Egipto, el primer islote de “entropía negativa”, el primer signo de orden vencedor del oscuro caos primordial de las aguas, es una montaña puntiaguda que emerge como protopirámide y residencia de los ocho primeros dioses -la Ogdoad- llamada extraña y coincidentemente *Beng-Beng*... Allí mismo, y sobre ese único triángulo seco que luego de servir de sede para “el aterrizaje” del panteón divino del Alto Egipto, cobijando como un útero de piedra a los hombres-dioses, llegará a posarse “el pájaro Beng-Beng”, el ave sagrada símbolo de la reinención y el nacimiento evolutivo constante del iniciado, que luego pasaría a conocerse como el Ave Fénix, por su resiliente poder de renacer desde sus propias cenizas.

³ Comunicación personal desde Guadalajara (Jalisco-México), en correo electrónico enviado el 20 de marzo del 2010).

⁴ Por ejemplo Platón, en algún texto señalaba que esos seres marinos no desarrollaba “nuevamente” una civilización bajo el mar por cierta opción, y por cierto impedimento involutivo: los delfines y ballenas tienen aletas, no desarrollaron manos (ausencia de los dedos pulgar con capacidad de oposición al resto de los otros dedos, meollo para el desarrollo de la inteligencia constructiva humana).

Este fenómeno de la lucha cíclica de ambas serpientes, según el texto oral del mito, ya se ha repetido en otras épocas remotas, donde solo unos muy pocos elegidos, subieron a las cumbres. El mito les previno que lo hicieran ligeros de equipaje, en pareja doble, de a cuatro; es decir, una pareja de jóvenes (fuerza) y una pareja de ancianos (sabiduría), porque deben encarnar la simbólica representación de las “cuatro personas divinas de la *Füta Newen*, “la Gran Energía”, es decir, la Tetralogía sagrada, el Ser Supremo mapuche, compuesto por esos cuatro atributos trascendentales: Lo femenino (*Kushe*), Lo masculino (*Füta*), La Energía (juventud), La sabiduría (vejez). El único utensilio tecnológico prescrito para el viaje ascendente es una vasija de madera, con la expresa indicación de llevarla “como olla” sobre sus cabezas, en la posición utilitaria, es decir, no de casco o “de sombrero”, como lo indicaría una lógica de emergencia. Y esto para dos fines: para protegerse del fuego y de la luz excesiva que podría abrasarlos a causa de su inaudita cercanía (“nadie puede ver el resplandor de Dios en directo sin morir”) y, sobretodo, abierta hacia los dones de Arriba, hacia lo Infinito, dispuesto a recoger las gracias e iluminaciones del infinito abismo de Arriba, el *Wenumapu* (literalmente: “la Patria de Arriba” de donde viene la chispa de nuestro *pëllu*, el espíritu personal). Tal sería la razón de mantener dichas vasijas como receptáculo: cambiar el esquema de los frutos de la tierra y de las aguas y ahora acompañarlos de una nueva “dieta”: los rayos del sol y de los mensajes de las estrellas. Porque vivir será ahora, -luego de la gran Crisis del maremoto- un alimentarse con las comunicaciones del Cielo.

A esta altura, y aparte de revelarnos un par de trascendentes motivos del sentido de la vida humana (la evolución hacia la Luz de lo Alto) y el por qué venimos a existir como humanos en esta terraza o inestable balcón de tierra volcánica llamada “Chile”, el mito mapuche nos revela el sentido de un desastre, la razón secreta de la catástrofe. Cada vez que ocurra un terremoto o maremoto en la tierra chilena es un una clase magistral de la pedagogía divina reeditada, de la *Füta Newen* cósmica: viene y se produce (¿o se “nos envía”?) para reordenar una falsa existencia que ya no tenía casi nada de humana y que corría el gran peligro de traicionar su esencia, tornarse en fuerza ciega e involutiva, en alimento para que lo humano sea digerido por los jugos gástricos de los intestinos marinos de Kay-Kay. Dicho sea de paso, en el quechua antiguo del Perú (idioma del cual el *mapudungun* -la “lengua de la tierra” mapuche- exhibe muchos préstamos) *Kay* significa nada menos que “Dios”. Así, todo terremoto o *tsunami* (su ancestral aliado) viene para remediar un olvido ontológico, viene como un justiciero divino cuya misión es sacudirnos y lavarnos de la falsa identidad con que identificamos lo medular de la vida, el apego a los “placeres de la terraza playera”. El Dios Kay-Kay, así, reduplicado como una ola que se renueva, viene más bien a arrastrar a su lecho marino lo que le es suyo, lo que ya le está perteneciendo; es decir su *mafin*, su “pago”, su cuota de hombres que no “califican” o no suben la montaña evolutiva

del Tren-Treng, los que se animalizaron (¿en el acuoso y bajo medio de las emociones pervertidas?). Porque solo este sacudón, esa imprevista violencia telúrica para hacer caer los espejismos (¿a quién en Chile alguna vez no se le ha quebrado un espejo?) y una vez despojados de las mentirosas falsas prioridades, puede hacernos marchar hacia los cerros sagrados del Tren-Treng, símbolo del *Wenumapu*, “la patria de Arriba”. (Entonces ¿cómo no acordarse, a esta altura, de la aseveración de Novalis, el romántico alemán, que una vez dijera con ancestral intuición que “*cada desastre de la naturaleza es el recuerdo de una patria superior*”?). También –y dicho sea de paso- el origen latino de la palabra “desastre”, tiene que ver con “descaminarse de la ruta del astro”, de la singladura de la propia estrella. Es decir, caemos en el desastre cuando nos apartamos de nuestro astro propio, cuando dejamos de conectarnos con el mundo superior de nuestra misión, de *nuestra* estrella singular...

Las catástrofes vienen sincronizadas con la vibración del alma humana

A la luz de las evidencias sísmico-geológicas, tan cercanas a cualquiera por lo abundantes en la realidad histórica de Chile, y de la profusión de datos etnográficos recogidos por este autor durante casi veinte años en la zona indígena del centro-sur de Chile, nuestra tesis es que podemos afirmar que la visión indígena de los terremotos es ultramoderna (más allá de esta postmodernidad), hipercientífica, y “cuántica”, en cuanto que ella da cuenta de los enlaces infinitesimales entre las vibraciones humanas y las vibraciones geológicas (éstas últimas capaces de ser inducidas o bien bloqueadas por aquellas). En su tan valiosa y monumental obra “*Viaje de un naturalista alrededor del mundo*” de CHARLES DARWIN, éste prominente investigador inglés registra unos más que preciosos detalles etnográficos en los cuales subyacen una buena síntesis de la visión y del “secreto” mapuche de los terremotos, misma que en la década de los ochenta yo verificara personalmente entre las comunidades indígenas de el sector andino de la Araucanía. En ella –y con ocasión de ser el científico inglés testigo de los desoladores vestigios del reciente e inmenso maremoto y terremoto sufrido por las gentes de Talcahuano, el 20 de febrero de 1835- adelantémoslo, se nos asoma una más que apasionante mirada de la realidad humana y geológica, percibida ambas –por las gentes del Chile de antaño- en íntima asociación, unidad y comunicación. Es decir, desde lo arcaico –y ya mucho antes que científicos como Francisco Varela y Humberto Maturana, en nada casual “chilenos” de nacionalidad- se nos confirmaría cierta importante premisa de las recientes ciencias cognitivas: el mundo humano no lo decide la cabeza, (ni menos una racional cabeza occidental postcartesiana), sino que

la realidad la deciden “múltiples flujos corporales y sociales en paralelo”⁵. Así el mundo de la realidad circundante, *emerge* de aquel entramado inextricablemente implicado, mutuamente influenciado, porque lo que somos “nos brotaría” desde todas partes, siendo lo humano (y lo social y lo cultural, las energías prejuiciosas, por ejemplo) también un factor causal del todo que nos constituye, ingrediente de la deriva filogenética y ontogenética de lo que finalmente ha llegado a devenir todo lo que existe.

Porque conocer o aprehender la realidad no sería el ir a agarrar lo que está ahí en el mundo, como si estuviera totalmente independiente del ser humano que observa para después representárselo uno en la cabeza. Según Varela, el notable neurobiólogo, “sería una especie de abrazo del organismo con el mundo, en un acoplamiento (que se anticipa a la acción) con el mundo”. Así, “uno , no sería su puro voluntarismo ni tampoco serían los demás “[o eso otro que el resto consensua], sino que *lo que uno es* lo decide *la relación*, el entre...”⁶ . Habría que abandonar, por tanto, eso de que la mente sería una especie de repertorio de contenidos categoriales que estarían en la cabeza: “la mente más bien está constituida -afirma Varela- por *flujos variables en paralelo*, vibraciones diversas, lógicas entrelazadas [¿mundos emocionales enroscados con flujos de energía telúrica?], por las memorias, las fantasías, los recuerdos, la postura, el tono emocional, etc.”. También lo que uno es lo decide la postura del cuerpo, que a su vez la determina esa bilis anímica predominante.

Por otro lado, cada aprendizaje, cada cosa que ocurre como saber o comprensión en el sistema nervioso y cerebral, pasa de acuerdo a un flujo experiencial previo, donde la imaginación que opera en el cuerpo ya tiene una suerte de disposición corporal, una manera de pararse para “ir abrazar cosas”, afirma el mismo Varela. Es decir, lo que me llega, lo que me encuentro allí, (en un supuesto “afuera” y ese supuesto “objetivo mundo exterior”) surge a partir de una muy concreta disposición emocional, a partir de una disposición corporal/afectiva; como quien dice, a partir de la “parada del abrazo”, estando yo muy radicalmente implicado en lo que “obtengo” del mundo. “Por lo que tenemos que hacernos cargo de que el mundo es tuyo –concluye Francisco Varela-, que no es algo que se te viene encima (como si yo mismo fuera “inocente” y “no tuviera ninguna vela en ese entierro”) : el mundo ya está interpretado por mi y decir , por ejemplo, *`yo no tengo nada que ver`* es un absurdo, ya que yo tengo una responsabilidad hermenéutica en ello”⁷

Precisamente algo de ésta activa construcción de su mundo y de la realidad, es lo que denota el contenido de un par de citas darwinianas de ese viaje al Chile del siglo XIX, apuntes fundamentales, que me movieron a redactar este ensayo (unas citas cuyas

⁵ Afirmación hecha por Francisco Varela en un una charla sostenida en Santiago de Chile, en julio del 2006 entre el citado neurobiólogo y Fernando Flores. Organizada por Corporativo ADIN.

⁶ ibidem

⁷ Fco. Varela, Idid.

notas personales también tienen una historia muy curiosa y extrañamente ligada a los terremotos⁸), citas claves para este capítulo fundamental que busca rescatar un olvidado rasgo de la sabiduría ancestral. Estimo que estos apuntes de Darwin aluden al núcleo del fenómeno; es decir dan cuenta del por qué se producen los terremotos, la causa humana generadora – o al menos activadora y potenciadora- de dichos gigantescos desequilibrios telúricos. Darwin, desde la oralidad indígena de los lugareños, registra que ese terremoto fue evitado en una zona del país, en Chiloé, porque allí no se taponaron los volcanes de la zona, lo que sí habría ocurrido más al norte, en Concepción-Talcahuano, precisamente a causa de una acción humana – siempre generada de mundos intencionales- que linda con una muy consciente intervención mágica, el evento secreto que ocasionaría el cataclismo. Vamos a la primera cita:

“En ese lugar [en dos volcanes cordilleranos frente a Chiloé], una erupción se produjo, pues, en vez de un terremoto, cosa que hubiera ocurrido en Concepción si según lo pensaban las buenas gentes de esta ciudad, unas hechiceras no hubieran tapado el cráter del volcán Antuco [que está en el sector cordillerano frente a esa ciudad].”⁹

Para el mundo mapuche, la erupción volcánica es la natural salida de “la menstruación de la tierra” (significado de *kuyentun kitral mapu*, traducción etimológica del vocablo “erupción”) y cuyo flujo periódico mantendría a raya la irrupción de los terremotos. Porque la noción indígena, desde siempre ha sido considerar que los constantes movimientos telúricos se acumularían demasiado peligrosamente si no tuvieran su natural “desahogo” por las chimeneas de los abundantes y activos volcanes andinos. Allí en Talcahuano, Darwin recogía datos de este tipo, datos que aludían a la acumulación de la energía: “*la mar se pone negra y empieza a hervir...*”¹⁰. Y también una pista enormemente valiosas para él y para los indígenas mapuche, a quienes éstas evidencias naturales les persuadía a rehuir las casas cuadradas que los misioneros les

⁸ Con ocasión del terremoto y maremoto sufrido en el mismo lugar, en el asolado Concepción y Talcahuano de hoy, luego de la noche del 27 de febrero del 2010, curiosamente entre mis papeles revueltos con interminable polvo, adobe, vidrios, polvo, cables, pedazos de ladrillos y tejas, etc. de entre los cientos de libros que se desprendieron de las estanterías caídas estrepitosamente, lo primero que recojo ¿al azar? -desde ese revoltijo infinito de cosas desperdigadas por el suelo- unos apuntes, unas hojas manuscritas con mi letra y con las susodichas citas señaladas de ese libro de Darwin y que yo transcribiera el año 1985, con ocasión de otro terremoto en Chile (su epicentro fue en la costa de Santiago), pensando escribir un artículo como éste que hoy sale a luz, veinticinco años después. Fue para mí un indicio preclaro, un signo potente del mismo terremoto que la demora había sido suficiente.

⁹“*Viaje de un naturalista alrededor del mundo*”, Charles Darwin, Edit. “El Ateneo”, Buenos Aires, 1951

¹⁰ Según datos de primera fuente, mis propios hermanos, a pocos minutos del terremoto del 27 de Febrero, al tomar caminos hacia la cordillera, descubrían que desde las enormes grietas que a uno de ellos le impidieron el paso por los caminos entre Chillán y Coihueco, se desprendían vapores tan intensos que lograban empañar el parabrisas de su vehículo. (Información de Walter Mora Penrose). Mientras que otro hermano –Pedro Mora Penrose- por su parte registraba de esa noche y casi ocularmente que, en dirección de los volcanes Chillán y Antuco, luego de escucharse dos explosiones subterráneas en esa dirección, estas fueron seguidas por sendas luminosidades muy intensas, que fulguraron por instantes desde la boca de dichos volcanes.

obligaban ocupar en los llamados “pueblos de indios”, y así seguir ellos habitando sus tradicionales viviendas circulares, como la *ruka*, ¿La razón? : la evidencia que allí el inglés pudo constatar y registrar testimonios como el del *“desplazamiento de las piedras en sentido circular...”*¹¹; en espiral, del mismo modo como un recién nacido trabaja para llegar a este mundo, de acuerdo al modo como se mueve en el estrecho canal del parto y como las caderas de su madre en el acto de su engendramiento... Porque sobre la femenina tierra, lo más estable en el universo sería el círculo.¹²

Y cuando los ojos de gran científico todavía podían contemplar los aún tan recientes y devastadores efectos del maremoto, he aquí la explicación todavía más precisa que nos retransmite Darwin respecto del origen oculto de ese gran cataclismo, oída casi “en caliente”, prácticamente retransmitida “en directo y encima” del paradigma indígena del antiguo Chile:

*“Las clases inferiores, en Talcahuano, estaban persuadidas de que el terremoto provenía de que las ancianas indias que habían sufrido algún ultraje dos años antes¹³, habían cerrado el volcán Antuco. Esta explicación, por ridícula que pueda ser, no deja de ser curiosa, prueba en efecto, que la experiencia enseña a esos ignorantes que existe una relación entre la cesación de los fenómenos volcánicos y el terremoto. En el punto en que cesa su percepción de la causa y del efecto, invocan el socorro de la magia para explicar el cierre de la válvula volcánica.”*¹⁴

Dejando fuera los juicios descalificatorios del inglés por los indígenas como “clase inferior”, en la base de esta concepción mapuche de los terremotos y esbozada por el valioso apunte de Darwin, habría entonces un factor humano detonador, acelerador o causante de las fuerzas telúricas y que influiría en provocar la manifestación de un terremoto. Aunque de suyo las emociones humanas básicas son neutras (correctamente expresadas y subordinadas para el propósito superior resultan ser más bien las grandes aliadas del vivir), según la mentalidad indígena chilena, el mal uso de las emociones, la negatividad o manipulación de su expresión, sería la causa de fondo que acumularía o “taponaría” los ductos naturales de evacuación de la energía de la

¹¹ *“Viaje de un naturalista alrededor del mundo”*, Charles Darwin, Edit. “El Ateneo”, Buenos Aires, 1951.

¹² Personalmente y de primera mano, he verificado la increíble estabilidad sísmica de las construcciones circulares. Porque el presente terremoto del 27 de febrero me sorprendió en la etapa de la techumbre de mi propia vivienda, ubicada en Coihueco, dentro del área del epicentro, a unos 90 kms. en línea recta desde Concepción. Y a pesar que ésta es íntegramente de adobe y sin ningún poste que amarre ninguna tabiquería, soportó el poderoso sismo 8.8 sin una grieta. Debe ser acaso la única casa de adobe sin postes y sin cadena de hormigón en la base, que en Chile quedó incólume. Días después del terremoto y con ocasión de las fuertes réplicas, los albañiles encaramados en la cúpula también circular de la vivienda, afirman (porque a 18 días del Gran Movimiento sigue temblando muy fuerte en la zona) que todas sus paredes se mueven al unísono como la rítmica circunferencia del “ula-ula” (un juego de cintura).

¹³ Aquí subyace la idea que la energía expresada tan violentamente en un terremoto es acumulativa, de que se trataría de un proceso, como el destape de una olla cuya presión va a aumentando progresivamente.

¹⁴ *“Viaje de un naturalista alrededor del mundo”*, Charles Darwin, Edit. “El Ateneo”, Buenos Aires, 1951.

tierra. Esta se vería *sim-páticamente* estimulada (por afinidades secretas recíprocas), y en particular por el tipo de emociones del mundo femenino con quien la tierra tiene especial sintonía y sincronicidad¹⁵. Dicha unidad de mundos estaría dada a nivel de los *quanta* de energía, de canales invisibles (“¿”cuerdas”?” compartidos. Recordemos lo elemental: las emociones se pudren cuando se añejan, no se reconocen y reprimen malamente. Y esto ocurre cuando nos quedamos prisioneros de ellas. Y mientras más se añejen y se hundan en los laberintos inferiores del corazón humano, más violenta será su manifestación y más penetrarán en los laberintos de las placas tectónicas como si fueran un ristra de dinamita interconectada. Pero si lo femenino es capaz de “provocar” (con la rabia de una violación, de un ultraje, por ejemplo) su propio poder también contendría la capacidad inversa, es decir, de detener el terremoto, la de mover los elementos y hacer que tierras, aguas, vientos y fuego regresen a su orden. Es el caso de los ritos propiciatorios para “obligar” a las partículas de la tierra a que todo vuelva a su cauce, a que las aguas se aclaren y brille de nuevo la serena luz del sol sobre las flores. Se trataría de otro tipo de magia, de otro tipo de saber que ciertas *machis*, ciertas mujeres chamanes, que conocen el secreto de las aguas, que son capaces de hacer “brotar fuego en círculo desde la tierra”, también dispondrían del poder de calmarlo vía un *canje propiciatorio*, ya sea con sus dotes acerca del manejo del poder contenido en su verbo exorcista y/o con su sabiduría milenaria de los secretos de la naturaleza (la posesión o dominio de sus “enlaces finos”, cuánticos), al conocer como se “canjea” o “compensa” un gran desequilibrio. Es decir, con la posesión y manejo útil de un tipo de conocimiento secreto como el que acompaña a ciertos ayunos y a ciertas prácticas solitarias que ciertas mujeres hacen en lo más sombrío y solitario de los bosques y en ciertas altas grutas de los cerros cordilleranos (*chenkes, kuramalal, etc.*)¹⁶. Si en la antigua Araucanía, todavía hace unos cien años

¹⁵ Véase, por ejemplo, la particular identidad entre la *Mapu* (la naturaleza) y la mujer en sus ciclos naturales (por ejemplo, el ciclo lunar de 28 días es el mismo ciclo menstrual) que ésta repite y humaniza en su cuerpo; la enorme afinidad y poder de lo femenino con los elementos de la naturaleza, que se verifican en la medicina ancestral y que tiene como principal artífice a la mujer-chamán, la *machi*. Esta tiene una preeminencia en la cultura porque en el decir ancestral tradicional, “*la tierra, la Mapu, le obedece a la mujer*” (Véase la obra: “*Magia y secretos de la mujer mapuche*”, Ziley Mora P. Edit. Uqbar, Santiago, 2007).

¹⁶ Para el terremoto del año 1960 en Valdivia, en la zona indígena de Temuco hubo ritos y sacrificios diversos para calmar las fuerzas de la naturaleza. Porque estos *canjes propiciatorios*, y a medida que avanzó la historia en Chile, no irían a desaparecer totalmente de la mentalidad mestiza del pueblo chileno. Así, por ejemplo, en la época de la naciente república, y con ocasión del relativamente moderado terremoto del año 1822, la ilustre visitante y viajera inglesa María Graham, anotó en su *Diario de una visita a Chile*, que en Santiago, esa noche, “*todos se golpeaban el pecho y se postraban en tierra. Tejiendo coronas de espinas, las ponían sobre sus cabezas y las oprimían hasta que la sangre les corría por su rostro*”. Vale decir, el mismo principio sigue en pie a través de los siglos: lo humano puede compensar, canjear o pagar un desastre, aportando una cuota de energía equivalente, lo humano así tiene cierto manejo -en lo oculto- de lo aparentemente inmanejable de la realidad, a condición de aportar una apreciable cuota de energía (léase en sangre, ayuno, oración autosacrificio, superesfuerzo, etc.), dependiendo de la concepción individual y colectiva de qué sería “aquello que mejor agrade a los dioses”. Hoy, en el catolicismo popular chileno y latinoamericano, persiste la misma idea, el mismo indígena concepto en la *manda*, de “pagar” —equilibrar con una energía autogenerada— una *manda* o

atrás quedaba la memoria de un poder femenino oculto, creador de la riqueza y las hazañas masculinas tal, que testimoniaba la existencia que “en Chol-Chol había mujeres que podían transformar en fuego a sus hombres”¹⁷, no es de extrañar pues, que en Quelhue, en 1985, cuando yo le preguntaba a mi preclara informante mapuche Ceferina Huiquifil si una mujer podía hundir a un hombre, esta me respondiera indirecta pero rotundamente con la afirmación: “no solo a un hombre, las mujeres podían hundir a un mundo”, recordando un viejísimo antecedente tradicional del poder provocador de los maremotos contenido en las entrañas femeninas.¹⁸

Así tenemos que el aporte mapuche que confronta (a todos por igual) tanto a la sismología académica o al manejo científico-preventivo del desastre natural, como a “la profecía apocalíptica”, a la “predicción maya del 2012” o la “ciencia” esotérica y escatológica de los actuales Nostradamus, va por el siguiente aserto o proposición: *Las catástrofes vendrían sincronizadas con la vibración del alma humana; y si en ellas se ubican sus gérmenes remotos o causas detonadoras, también desde ellas se pueden operar y detener sus efectos.* En palabras más simples y prácticas, cada día cómo forjamos nuestro propio destino a través de sentimientos y emociones que llevan a efectos y acciones, visibles e invisibles. Tal es la misma percepción intuitiva en la que coincide notablemente el aporte de un por entonces joven escritor chileno, quien el año 1939 escribía con asombrado respeto hacia a la Madre Naturaleza, luego de atravesar por tren la derrumbada ciudad de Chillán (donde curiosamente, el 11 de marzo reciente también este autor inició la escritura del presente artículo) y donde fallecerían más de 35.000 personas a causa de un también gigantesco terremoto:

“La tierra se modifica bajo el influjo de la mente humana en su acontecer profundo. El hombre desconoce el poder que tiene sobre la naturaleza y sus fenómenos. Si los hombres cambiaran, la tierra también lo haría. ¿El cinturón de fuego del Pacífico apagaría sus volcanes, si el chileno encontrara una salida sublimadora de sus dramas subconscientes? ¿Si en lugar de hundirse en la derrota moral, se elevara sobre sí mismo hasta alcanzar las cumbres del Espíritu, desaparecerían las catástrofes periódicas y se alejaría para siempre el terremoto?”¹⁹

Y dado que según antiguas tradiciones –no solo indígenas- sino también hindúes, asiáticas y del viejo Medio Oriente, al ser la Tierra un organismo vivo, Miguel Serrano, el autor de dicha cita, la asocia con el organismo vivo del cuerpo humano, el cual sería imagen de aquella. Serrano pasa a enlazar el mito mapuche de la lucha entre las

promesa a un determinado santo con la “moneda” de un autosacrificio, de un ayuno, de una privación voluntaria para así hacer cambiar el curso de las cosas, del destino o de la naturaleza. Porque, en un mundo cuántico, el milagro es posible.

¹⁷ Información que en 1910 nos proporciona el araucanista Tomás Guevara. Vide: *“Magia y secretos de la mujer mapuche”*, Ziley Mora, editorial Uqbar, Santiago de Chile, 2007.

¹⁸ Véase la obra: *“Verdades mapuches de alta magia para reencantar la tierra”*, Ziley Mora, Editorial Kushe, Temuco, 1989

¹⁹ *“Ni por mar ni por tierra”*, Miguel Serrano, Edit. Nascimento, Santiago, 1940.

serpientes Kay-Kay y Tren-Treng con el de la Kundalini de los hindúes, una energía representada por una *serpiente enroscada* en el primero de los chakras del cuerpo humano: círculo energético situado en la zona del perineo y que puede despertarse violentamente (como las pasiones sexuales de la violación de las mujeres indígenas que taponaron el Antuco), generando así consecuencia trágicas. Asimilando entonces la figura del hombre a la figura del mundo terráqueo, se nos impone una lógica ecuación: Kay Kay, la divinidad que agita las aguas y hace temblar la base (o “perineo”) de los montes de Treng-Treng, es la placa de Nazca; es decir es la Kundalini; vale decir, es la forma serpenteante del cinturón de fuego del Pacífico cuyos respiraderos se asoman en el espinazo andino.

Observemos que , en último término, para el pensamiento mapuche ancestral no existe “lo sobrenatural”, porque en realidad sólo existe lo natural desconocido. ¿Terremotos como castigo divino de la Naturaleza? No; sino más bien autocastigo humano -siempre como una resultante, una sumatoria- autoinfringido a través del “instrumento” de la Madre Tierra, el Gran Útero de energías-semillas, que se sacude porque registra toda anomalía contraria a sus Leyes (hay leyes también desconocidas, entre esas acaso una todavía inadvertida y secreta simpatía entre ella y cada mujer), una Ñuke Mapu o Pachamama que reacciona –como entidad viva que es- a cada acto de inconsciencia humano²⁰ (y acumulativamente, por maduración: no hay nada que una vez sembrado un buen día se manifieste asomado en el canal del parto...). Es decir, nada de “*Dies irae*”, “los días de la ira de Dios que terminan por colmar su paciencia”, sino una cuestión de “*matemáticas ocultas*”... Ésta es precisamente la hipermodernidad de la sabiduría ancestral mapuche.

UNAS CONCLUSIONES: Elevarse sobre sí mismos hasta alcanzar las cumbres del Espíritu.

“En nuestra situación actual estamos obligados a contar con la catástrofe; para que no nos sorprenda de improviso por la noche, debemos seguir pensando en ella también mientras dormidos. Sólo de ese modo conseguiremos tener unas reservas de seguridad que hagan posible el actuar de forma razonable. Cuando se disfruta de total seguridad, el pensamiento se limita a jugar con la catástrofe.” (ERNST JÜNGER, En “La emboscadura”, Tusquets (ensayo) editores, 3era edic. , Barcelona, 2002)

²⁰ E igualmente cada acto de consciencia superior y altruismo humano, por más oculto que éste sea...Así, se daría origen a la también relevante posibilidad de una *eu-catástrofe*; es decir, a engendrar y sumar las buenas causas para que un día, y de improviso, todas las cosas se precipiten como en una inmensa bendición o “terremoto de bienes”...(Todos los días somos los dueños de esa batalla que bien podría torcer el destino y la más terca fortuna).

Tenemos entonces a la vista, que la sabiduría mapuche ancestral, al ver anticipadísimo la secreta, sutil e íntima unidad de los mundos humanos (el potencial mental de la alma humana ¿generadora de la materia, del espacio y del tiempo?) con las fuerzas cósmicas, en cuanto que aquellas serían las originadoras de la realidad, de la organización de la materia y decidoras del destino o derrotero planetario, resultarían, de algún modo, muchísimo menos *supersticiosa* que las subsecuentes tradiciones cristianas y que las científicas que después se irían a adueñar del paradigma mental chileno.

Al terremoto – y a toda crisis mayor- podemos verlo como un “aliado de poder”. Como el terremoto es una gigantesca liberación de energía telúrica, conviene alimentarse de ella en vez que ella “nos coma” a nosotros. Por tanto, conviene ver al cataclismo como un gran “aliado” de nuestra humanidad. La razón es que este aliado nos sacude de lo superficial-inauténtico y *nos saca de nosotros mismos* (¿Quién no ha tenido que replanificar casi todos sus asuntos?) para así darnos *visión y poder*. ¿Y qué tipo de visión? : la de recuperar la mirada *anterior* del mundo, la mirada cuántica-indígena donde todo es uno y todo está interconectado, que es el poder que une al que mira con aquello que mira (yo soy responsable de aquello que emerge del mundo porque yo y el lenguaje de mi cultura -o incultura- es quien lo construye...) ¿Y qué tipo de poder?: el poder de conocer el propio corazón, el poder de descender a sus galerías oscuras, proto-animales y secretas...Pero a la vez, el poder de remecernos para allí mismo hacer brillar, en ese pozo íntimo, la luz de la conciencia, esa que nos hace abrirnos al otro y a Lo Otro. Y esta apertura nos hace crecer y, nos hace subir (¿acaso la placa oceánica de Nazca no es justo eso lo que intenta desde hace siglos: levantar más aún la placa terrestre de los Andes chilenos?) Porque en esta pobre época del ego y la autorreferencia (nunca calmada por más celulares, notebooks y aparatos digitales que tengamos) terminamos por cansarnos de tanto mirarnos a nosotros mismos y de sufrir por todo aquello material que nos falta. Esta luz interna que llega cuando el cataclismo nos incomunica, cuando se apaga el televisor y deja de sonar el teléfono, es la que nos regala el verdadero poder. Porque el silencio y la tierra barrida de la basura tecnológica que nos atonta, da paso a un tipo especial de saber: la sincera palabra con los demás y, sobretodo, la íntima comunicación con nuestro Ser. Porque el verdadero poder depende de *la clase de saber* que se tenga...

Pero más existencialmente todavía –y sobre todo en estos tan especiales días- lo importante es que en este Chile que sube y sube *no es normal estar vivo*... Lo normal es estar muerto, dado la impresionante y abundante recurrencia de catástrofes

naturales de todo tipo. Por tanto, descubrirse con vida luego de una terremoteada noche, es todo un milagro, un éxtasis, un tipo de fuerza mística que nos debe provocar una inextinguible ansia de cambiar nuestras prácticas, personales y sociales, para así subir a una Pirámide con la vasija de las gracias celestiales abierta, cual una antena receptora al infinito mensaje del Gran Cosmos. Así, se impone que con la Gran Sacudida nos sacudamos también de lo superfluo, de lo superficial que nos atonta y hace borrosa la visión, de las emociones y pensamientos superfluos, nos sacudamos de los paradigmas europeos-occidentales deshumanizadores (hay tanto suntuosidad que daña aquí, en América Latina, que pareciera como si la tierra misma estuviera expulsando sus artificiales implantes, tal como lo es el fetichismo de las tecnologías que, si les rascamos un poquito más allá de su platinado decorado, descubriremos que a la corta o la larga nos enferman y dejan más vacía el alma). Hoy en Concepción, -el quinto terremoto más intenso que haya sufrido la humanidad histórica, aunque con muy pocas consecuencias fatales²¹- y tal como en Haití o en Turquía, quedó más que claro que a la hora en que todo circuito artificial se corta, una botella de agua es más importante que el *I-phone* sin batería, y que un abrazo que a alguien le permite llorar en el hombro amigo es infinitamente más valioso que una Toyota aplastada por los escombros e incapaz allí de ser la más poderosa “todoterreno” del mercado... Por tanto y apropiándonos del tan lúcido decir venezolano de M. Leonor Terán, en esta catástrofe chilena, *“el gran regalo envuelto en papel de tragedia es que todo lo que no es Real se cae, y solo puede permanecer lo que verdadero y eterno.”*²² El terremoto –o lo que sea que vendrá- en buena hora nos fisura y agrieta profundamente el mecánico corazón, porque, entre otros bienes, hemos perdido *el poder salvador de las cosas simples, de las cosas sencillas, de los deseos humildes, su poder y su belleza; más bien, el poder que es la poesía simple de una estremecedora belleza que nos regenera.* (¿Alguien ha visto, al amanecer y al momento de alumbrar el sol, el aura estremecedora que despide la imposible blancura de los pétalos de una humilde florecita silvestre como el caso de una margarita o la flor de la manzanilla? ¿O solo ha visto los precios de liquidación en los “Outlet” de una plaza comercial?). Porque lo increíble de esta experiencia de catástrofe, es que la gente en general (incluida algunos que lo perdieron casi todo) modifica muy poco sus prácticas, y como lo comentara desde Colombia Adriana Acosta “no se da cuenta que el mundo ya no es más el mismo... Y si esto es así ¿por qué insisten continuar con la vida del mismo modo? *Nos resistimos al cambio nos aferramos a lo conocido y eso solo nos hace más*

²¹ De grado 8.8 en la escala Richter, según el Servicio Geológico de los Estados Unidos (USGS) es solo superado por otros cuatro, dándose también en Chile el Nro. 1, el más grande de todos los conocidos, el ocurrido en Valdivia el 22 de mayo de 1960. (Fuente. *“Ranking de sismos en el mundo”, “El Mercurio”, edición del 23 de marzo del 2010, A 10, Santiago*). Los terremotos chilenos lideran a nivel mundial en magnitud, pero no en letalidad (¿dato meramente azaroso y solo explicable por la resistencia o flexibilidad de los materiales usados en la vivienda? ¿O habrá un lento pero progresivo “aprendizaje ontológico”, una suerte de lenta “preparación” evolutiva” para algo, para una “misión”?).

²² En correo electrónico personal, enviado al autor por María Leonor Teran Izedin desde Guadalajara, México, el día 16 de marzo del 2010.

dolorosa la realidad... Mientras más pronto aceptemos lo que *ES* más pronto saldremos adelante”²³... más pronto subiremos la Montaña. Estamos persuadidos que Chile, tanto en estas pruebas telúricas como en ciertos otros aspectos, es signado como el escenario de un "ensayo general" antes del cambio de era...

Finalmente, podemos resumir que la gran enseñanza que nos lega la ya larga historia de los terremotos chilenos (y no sólo *para* los chilenos), es que *el secreto del hogar humano, el secreto de “la residencia sobre la tierra”, es subir a nacer*, (por usar aquí consciente y real –y no literariamente- el leguaje de Neruda, nunca más urgente y nunca más pertinente); es decir, *abandonar las “malas casas” que habitamos, las malas moradas del Ser*; léanse, las prácticas del apego involutivo propias de nuestras formas inferiores de animalidad: lo fácil, las pasiones que nos rebajan, las perversiones acusadas de la sexualidad (la distorsión desnaturalizada del fuego de Kundalini, que en vez de *Eros*, se degrada en *Thánatos*, la libido de muerte) , el fetichismo por las posesiones materiales, la insoportable superficialidad con que se embota sin pena ni gloria el don infinito de la charla y el ocio de la vida, el apetito de rapiña (desatado esta vez en el pillaje y el saqueo, o bien, el de la acumulación antinatural de exceso de bienes muebles. Porque antes de la modernidad todo el sencillo pueblo chileno se unía para colaborar, nunca para robarse, etc. Y si esto no se aprende, la naturaleza nos obligará recurrentemente a empezar *desde cero*, (en el supuesto caso que a la siguiente vez nos deje vivos) tal como la mítica condena de Sísifo, ese titán griego que los dioses obligan a levantar mil veces hacia una alta cumbre una pesada piedra, para una vez arriba y después de tanto esfuerzo, ver impotente que otras mil veces se le despeña a la base, para así recomenzar eternamente de nuevo, una vez más, desde abajo hacia arriba... (¿Queremos que la misión de Chile sea la de Sísifo?) Y la realidad, una vez más puesta al desnudo, su verdadero núcleo, es que nos falta evolucionar; la realidad es que la sociedad chilena, muchísimo menos sencilla, menos conectada con lo esencial y menos generosa que aquella casi rural del terremoto-maremoto de Concepción del 1835, desde el punto de vista del “capital social” y del capital de las virtudes, Chile sufre una evidente involución. En palabras de Claudia Urzúa, autora del libro *“Chile en los ojos de Darwin”*, y que en esto pareciera interpretarlo profundamente, escribe con total acierto: “También [para el autor de la teoría evolutiva], la conducta más evolucionada no es proclive al egoísmo del “sálvese quien pueda”, sino al altruismo recíproco... porque lo genuinamente humano sería el altruismo dictado desde la honda necesidad”.²⁴ Y entendido al modo budista y

²³ Mensaje personal de mi amiga mexicana Adriana Acosta, escrito en los muros de la red electrónica de Facebook el 5 de marzo del 2005 como palabras reflexivas de apoyo a mi circunstancia vital generadas a causa del terremoto.

²⁴ “*El remezón que Darwin esperaba*” Artículo de Claudia Urzúa publicado en el diario “La Tercera” de Santiago de Chile, el Domingo 7 de marzo del 2010. El contexto de la cita lo brinda el hecho que, dos semanas después del terremoto de 1835 que arrasó Concepción, Darwin llegó a la ciudad y tomó nota de la curiosa mezcla de solidaridad y abusos que emergió en esos días, de las escenas de lo mejor y de lo peor de los chilenos penquistas que ya eran evidentes en esos días.

cristiano auténtico; vale decir , el amor altruista como ese genuino y eficaz sentimiento de desear que los otros sean felices, con auténtica compasión, , sintiendo el deseo de remediar el sufrimiento de los demás *desde sus causas más hondas...*

Y este Chile –a la vez marítimo y andino, ya que nunca vamos a poder renegar de Kay-Kay y de Treng-Treng- cada par de décadas, su sino geológico y espiritual es subir y subir²⁵, porque no puede salvarse sino en la altura. Porque tal como la sapiencia de un piloto que cuando ve que su nave va directo a enfrentar una turbulencia, éste sabe que debe enfilarse por encima de las nubes en colisión y tormenta, más arriba de lo precario e inestable, allí en la alta ruta donde habita la paz. Ese piloto sabe que para transitar por el orden superior donde todo se controla, solo se logra subiendo más arriba (al mundo de la conciencia despierta) y así modificar sus vuelos rasantes y rastreros –el reino del caos y la confusión- para elevarse hacia la zona de la estabilidad y de la luz. El precio de la verdadera seguridad es el bendito ascenso. Por tanto, Chile se salva desanclándose, desaferrándose del apego hacia lo que ya ha construido, lejos de las orillas bajas, placenteras y fáciles: o navegando con su barco hacia alta mar – encima de la ola fatídica- muy distante de las colisiones de las embarcaciones costeras que peligrosamente allí ancladas se sueltan todas cuando viene el maremoto y se arrasa un puerto. (Los marinos profesionales de la Armada de Talcahuano salvaron sus buques de guerra porque un grupo de valientes bajó oportunamente a tierra a *soltar las amarras*). O bien, cuando llegue la tembladera, junto con soltar el fetiche de la moda extranjera que lo esclaviza, la nación se salva caminando armónicamente en pareja y abierto a los dones del Cielo, bien alto, allí en las pirámides circulares de los Andes... Porque cada vez que tiemble, lo cierto es que Chile se salva cambiando de ruta de navegación; es decir, modificando su pobre conocimiento “rasante” (solo a nivel de efectos “científicos” visibles, no de causas invisibles”) para después construir sobre la roca esencial, sobre la inrompible roca del Ser. Chile –y el mundo futuro con él, porque este país, ya es el epicentro y el nuevo paradigma del cambio colectivo mundial que viene y que la tierra comienza ya a ensayar antes del 2012- un país-laboratorio (como lo fue Egipto hace 30.000 años) que *solo se salva residiendo en el Treng-Treng, en una Montaña Sagrada*, habitando y construyendo nuestra gran y estable pirámide interior (más que exterior). Y cada terremoto, recalcitrante y porfiadamente, cada veinticinco años nos lo recuerda... y no sólo a Chile...

Si Chile – nos lo insistía en 1987 el ya citado autor francés André Frossard- *“es un país en el cual hay más cielo que en ninguna otra parte... Yo espero que Chile nos dé un día noticias del Cielo si se consagra a ello en profundidad, independiente de las tareas que tiene que llevar a cabo diariamente por las necesidades del progreso”*. Por tanto, el

²⁵ En el reciente terremoto los abundantes informes empíricos aseguran que Concepción y sus islas adyacentes, se levantaron más de dos metros; mientras que las mediciones satelitales también aseguran que la ciudad se habría desplazado más de tres metros hacia el interior de la placa de Nazca, hacia el mar Pacífico. (Santiago lo habría hecho en 28 cms., mientras que Buenos Aires dos centímetros).

sino ontológico de Chile es el mismo destino ontológico de la humanidad y del resto de los países de Latinoamérica, particularmente los andinos: vivir para subir al Cielo en donde está nuestra raíz estelar (“somos polvo de estrellas”), a *subir y evolucionar para Ser*; renacer cuantas veces sea necesario para elevarse a las cumbres del Espíritu, porque “*para nacer hemos nacido*”. Para este *despertar de la conciencia* es que nos visitan los terremotos, (quien sólo se lamenta porque se le quebraron unos platos finos o que se le volcó el televisor tridimensional, significa que está profundamente dormido y extraviado del sentido del vivir...) ya que éste – la autoreducción humilde vía un cambio consciente- es el regalo mayor que se esconde trascendiendo más allá del extraño “papel de su envoltura”, hecho de celulosa sísmica y con cinta de desastre.

Desde Concepción, el epicentro del terremoto, a diecinueve días (marzo) de la última y más reciente oportunidad que tuvimos para subir el Treng-Treng sagrado... aquel 27 de febrero del 2010.

(*) *Ziley Mora Penrose* es etnógrafo, investigador de las cosmovisiones y medicinas indígenas de Chile. Autor de múltiples trabajos y libros en torno al pensamiento, lenguaje, cultura y usos sociales de la etnia mapuche. Hoy se desempeña como Consultor independiente en Procesos Humanos tanto en Chile como en México, además de asesor en asuntos de identidad nacional en la Fundación Imagen País de Chile. *Contacto: zileymor@gmail.com*